

Siendo urgente prevenir á Bazaine, el día 27, á las 3 y 25 de la tarde, se le expidió el siguiente despacho: «El mariscal Mac-Mahón previene al mariscal Bazaine que la llegada del príncipe real á Chalóns le obliga á emprender el 28 la retirada hacia Meziers, á menos de saber que ha comenzado el movimiento de retirada del mariscal Bazaine.» Este mensaje fué transmitido al comandante superior de Sedán con orden de que nada omitiera para que llegase á Metz (1). Faltaba comunicar á Palikao lo que ocurría; al efecto dirigióse á las ocho un largo telegrama en el que el comandante en jefe justificaba la retirada de las tropas francesas por la concentración de las fuerzas alemanas, añadiendo que esta retirada se efectuaría por Meziers, desde donde continuaría, según fuesen las circunstancias, hacia el Oeste (2). Cuando Mac-Mahón acababa de dictar aquel despacho al coronel Stoffel, el general Faure, su jefe de estado mayor, le dijo: «Señor mariscal, ¿no sería más oportuno no enviar el telegrama hasta mañana, cuando ya estuvieseis camino de Meziers? De lo contrario volverán á apremiaros desde París.» Ante esta sagaz observación, Mac-Mahón quedóse un momento indeciso y volvió á leer el mensaje; pero al fin, desoyendo aquella indicación, reiteró la orden de que se expidiera el despacho, el cual á las ocho y media de la noche circulaba ya por los hilos telegráficos (3).

Durante la tarde y las primeras horas de la noche expidieron las órdenes necesarias para que el ejército se dirigiera hacia el Noroeste: el 1.º y el 12.º cuerpos debían encaminarse á Vendresse, el 5.º á Poix y el 7.º á Chagny; de este modo se aproximarían á Meziers y á la red de vías férreas que les permitirían llegar á París ó á las plazas fuertes del Norte, según lo aconsejaran las circunstancias. El ejército emprendía la retirada que constituía la suprema probabilidad de salvación.

VI

¿Por qué razones este plan salvador fué abandonado inmediatamente después de haber sido adoptado? Sólo las disposiciones que imperaban en las esferas gubernamentales pueden explicar este nuevo y extraordinario cambio.

La inteligencia tiene, como el corazón, sus pasiones y para Palikao el socorrer á Bazaine era no un proyecto, sino una obsesión: «Es el único medio de repararlo todo,» decía á uno de sus colaboradores, el general Susane (4). Dominado por esta idea fija, torturaba todas las informaciones hasta encontrar en ellas lo que en ellas quería ver, y con los ojos fijos en el mapa y el compás en la mano, calculaba las distancias con una exactitud que él creía infalible y que era engañadora porque omitía esa parte de imprevisto que los verdaderos capitanes no descuidan nunca. Una imperiosa y temeraria idea preconcebida suprimía todas las fuerzas que pudieran estorbar, y cuando la falsa lógica había terminado estos cálculos, la imaginación los cogía por su cuenta y los revestía de ensueños. Palikao veía ya á Mac-Mahón cru-

(1) *Papiers des Tuileries*, tomo I, pág. 428.

(2) *Papiers des Tuileries*, tomo I, pág. 429.

(3) *La dépêche du 20 août 1870*, por el coronel Stoffel, páginas 83-84.

(4) General Thoumas, *Paris, Tours, Bordeaux*, pág. 29.

zando el Mosa y atacando al príncipe de Sajonia; Bazaine oiría seguramente los cañonazos y, saliendo de sus campamentos, derrotaría al príncipe Federico Carlos; y una vez unidos Mac-Mahón y Bazaine, el primero aportaría el número y el segundo los cuadros. Entonces quedaría solamente un ejército enemigo, el del príncipe real, pero muy aventurado en el interior y expuesto á todos los ataques. Completamente dominado por estas ilusiones, Palikao esperaba con impaciencia los despachos, irritábase con los retardos, no comprendía los cambios de itinerario y se exasperaba porque las tropas no avanzaban; y como todos los espíritus sistemáticos, en vez de abrir los ojos á la razón ante los retrasos y los obstáculos, encontraba en las dificultades mismas nuevos motivos para persistir en su obstinación, y acusaba nerviosamente á los hombres, á los servicios administrativos, á los elementos y sobre todo á Mac-Mahón, á quien censuraba por su tibieza y por la decadencia de su antiguo valor. Dadas esta impaciencia y esta sobreexcitación, ¡cuán terrible había de ser la explosión de ira, cuán violenta la protesta, si de pronto llegara un despacho anunciando el abandono de Bazaine, el aborto del plan, el regreso á París!

Y lo peor era que aquella voluntad temeraria y arrebatada, lejos de verse contenida por consejos moderadores, había de encontrar casi en todas partes espíritus cómplices ó dispuestos á ceder.

Entre los cómplices, el que ocupaba el puesto más elevado era la regente. La retirada á París implicaba el regreso del emperador, y la emperatriz consideraba este regreso como un golpe mortal para la dinastía; temía, además, que la opinión pública no perdonase el abandono de Bazaine; y finalmente, por un sentimiento de generosa delicadeza, abrigaba el temor de que el pueblo parisiense, al ver que todas las fuerzas afluían á la capital, atribuyese esta concentración no tanto al cuidado de la defensa como á la solicitud por el trono.

Los ministros eran presa de grandes inquietudes. Una de las personas que recogieron sus más íntimas confidencias ha escrito: «Los días 24, 25 y 26 de agosto fueron días de terrible ansiedad (5).» Cuando más crueles eran las angustias, Palikao afirmaba que, á pesar del tiempo perdido, Mac-Mahón y Bazaine se unirían y que el ejército de Chalóns conservaba una delantera sobre el enemigo, añadiendo que tenía espías cuyos informes no le engañaban (6). Este lenguaje tan perentorio imponía si no la convicción, el silencio; por otra parte, la mayoría de los ministros estaban hartos ocupados con las atribuciones especiales de sus respectivos departamentos para entretenerse en formular preguntas. El señor Magne atendía al empréstito; el Sr. de la Tour d'Auvergne, recientemente llegado de Viena, se dedicaba á conservarnos las pocas amistades que nos quedaban; el Sr. Chevreau, ministro del Interior, se consagraba con la más laudable actividad á la organización de la guardia móvil; y el Sr. Duvernois, ministro de Comercio, apresuraba con extremado celo el abastecimiento de París para el caso de un sitio. Atentos á estos cuidados diversos, los consejeros de la regencia confia-

(5) *Le Ministère de l'Intérieur, du 11 août au 4 septembre*, relato inédito de León Chevreau.

(6) *Le Ministère de l'Intérieur, du 11 août au 4 septembre*, relato inédito de León Chevreau.

ban en Palikao del mismo modo que sus predecesores habían confiado seis semanas antes en Lebœuf; sólo uno, el barón Jerónimo David, se mostraba, si mis informes son exactos, completamente incrédulo, y aunque absolutamente adicto al imperio autoritario y á la emperatriz, no vacilaba en dar una nota discordante en el concierto de sus amigos.

Las mismas razones que tranquilizaban á los ministros se imponían á la Cámara. En el Palacio Borbón, Palikao se había hecho heraldo de las informaciones sensacionales: un día (el 17 de agosto) anunciaba que el enemigo había dejado en el ataque de Phalsburgo de mil doscientos á mil quinientos hombres sobre el campo de batalla; al día siguiente, decía «que los *coraceros blancos* del Sr. de Bismarck habían sido totalmente destruídos;» dos días después comunicaba, «apoyándose en informes que parecían fidedignos,» que tres cuerpos de ejército habían sido arrojados á las canteras de Jaumont; y el 22 de agosto se expresaba en estos términos: «He recibido buenas noticias del mariscal Bazaine; no puedo decirnos cuáles, pero son buenas.» Aun descontada la parte de jactancia, ¿quién no hubiera creído que el hombre que de tal suerte hablaba tenía grandes motivos para esperar? La mayoría se había acostumbrado á contar con Palikao como la minoría con el «glorioso Bazaine.» En los días 23, 24 y 25 el ministro se había callado y aquel silencio había llevado gran turbación á los ánimos. Al mismo tiempo los diputados mejor informados habían tenido noticia de la marcha de Mac-Mahón al encuentro de Bazaine; la empresa había parecido muy atrevida, y Thiers, de quien hacían gran caso sus colegas, tenía un desastre. Pero fuesen cuales fueren las alarmas, no conseguían borrar las palabras del ministro de la Guerra; además, la retirada á París tenía la apariencia de fuga, y defendiéndola demasiado abiertamente, los diputados, ansiosos de mostrarse atrevidos precisamente porque eran tímidos, habrían temido parecer miedosos.

Sólo un hombre en las esferas oficiales tenía para contradecir á Palikao la autoridad de la categoría, de la competencia y de los conocimientos: este hombre era el general Trochu; pero como todo conspiraba para interceptar los consejos de la prudencia, aquel contradictor había de ser repudiado como sospechoso.

El día 18 de agosto, el general Trochu, nombrado gobernador de París, se había instalado en el Louvre, á pesar de la regente, de sus consejeros y del ministro de la Guerra; en este estado de tensión los menores incidentes habían de encontrarse, y los incidentes no habían faltado. El 19 de agosto, el general, en una carta dirigida á *Le Temps* (1), había manifestado la resolución de no apoyarse, en sus relaciones con el pueblo de París, más que en la *fuerza moral*, y este lenguaje, inusitado en un militar, había sido considerado como una lisonja para la oposición. Cuando los guardias móviles regresaron á la capital, el gobernador les había dirigido una proclama que consagraba ó parecía consagrar su derecho de no salir de París; é inmediatamente se había dicho en el ministerio y entre los amigos de la emperatriz que Trochu, por condescendencia, por adulación ó por relajamiento de la disciplina, aspiraba á formarse

(1) Véase *Le Temps*, 20 de agosto de 1870.

una guardia pretoriana. En esto, una ley decretó el armamento de toda la guardia nacional sedentaria; la oficialidad de los nuevos batallones había de nombrarse por sufragio, pero los oficiales de los batallones antiguos, nombrados en otro tiempo por el poder ejecutivo, ¿conservarían sus grados ó se despojarían de ellos para someterse también á la votación? Trochu, á quien se había consultado, habíase declarado partidario de un cambio general por elección y de aquí había nacido un nuevo desacuerdo entre él y el gobierno. El general, en largas y brillantes conversaciones que solían convertirse



La Tour d'Auvergne

en arengas, defendía con pasión comunicativa y apasionada la necesidad, la urgente necesidad de una concentración general en París, y esta opinión la había expuesto y seguiría exponiéndola sobre todo en los días siguientes ante el consejo de defensa. Por desgracia, estos conceptos, con los que se mezclaban críticas retrospectivas, eran repetidos con todas las ampliaciones de la malevolencia y todas las alteraciones de la desconfianza; y los que figuraban en las regiones gubernamentales creían dar muestras de prudencia, de talento y de fidelidad á la dinastía haciendo lo contrario de lo que aconsejaba Trochu. De manera que el plan de Palikao, lejos de desacreditarse, debía fortalecerse con la oposición de aquel á quien se consideraba como un disolvente para el gabinete, como un enemigo para la emperatriz y como un adversario para el mismo Imperio.

El día 27 había transcurrido, como el anterior, en medio de una gran ansiedad. Durante el mismo se habían recibido pocas noticias y aun éstas de un laconismo inquietante; los despachos, no de origen alemán, sino los comunicados por el ministro del Interior, decían que algunas tropas enemigas parecían dirigirse á Va-

rennes y Stenay. Palikao había ido á la Cámara y para levantar los ánimos había anunciado una derrota de los prusianos que habían atacado Verdún. Hacia rato que había terminado la sesión y ya era completamente de noche cuando el ministro recibió el mensaje de Mac-Mahón dándole cuenta del acuerdo de retirarse á Mezieres. ¿Hubo consejo?, ¿hubo deliberación? Difícil se hace creerlo, tan precipitada fué la respuesta que salió de París á las once, dirigida, no á Mac-Mahón, sino al emperador. Todas las afirmaciones temerarias, todas las adjuraciones violentas, todos los sofismas apasionados que puede contener un telegrama hallábanse contenidos en aquel despacho: «Si abandonáis á Bazaine, decía el ministro, estallará la revolución en París y vos mismo os veréis atacado por todas las fuerzas del enemigo. París se defenderá contra las agresiones exteriores; las fortificaciones están terminadas. Parece urgente que logréis uniros á Bazaine.» En el resto del mensaje aparecían reunidas en un desorden artificioso, en el que más que el cuidado de la verdad se manifestaba la pasión en pro de una causa determinada, todas las noticias propias para turbar al mariscal. «El que está en Chalóns no es el príncipe real de Prusia, sino uno de los príncipes hermanos del rey de Prusia con una vanguardia y fuerzas considerables de caballería. Esta mañana os he teleografiado dos informes que indican que el príncipe real de Prusia, comprendiendo el peligro que vuestra marcha envolvente entraña para su ejército y para el que sitia á Bazaine, ha variado, al parecer, de dirección y se encamina hacia el Norte. Tenéis, por lo menos, treinta y seis horas, quizás cuarenta y ocho, de ventaja sobre él. Delante de vos sólo hay una parte de las fuerzas que sitian Metz y que, al ver que os retirabais de Chalóns hacia Reims, se habían extendido hacia el Argonne. Vuestro movimiento sobre Reims las había engañado como al príncipe real de Prusia.» Palikao terminaba disimulando su propio designio bajo la invocación de la opinión pública: «Aquí todo el mundo ha comprendido la necesidad de libertar á Bazaine y la ansiedad con que se siguen vuestros movimientos es inmensa.»

VII

El despacho, ó mejor dicho, la intimación de Palikao, porque no cabe darle otro nombre, llegó al Chesne á la una de la madrugada del 28. El carácter recto de Mac-Mahón no suponía en los demás, cuando de la patria se trataba, arrebatos ni pasiones ni subterfugios; así es que no dudó de que aquel ministro tan vehemente tenía razones muy decisivas para mostrarse tan peyoratorio, y en su sencillez no se hizo cargo de aquel acto capcioso que entre las noticias escogía, no las más verdaderas, sino las más favorables. El espíritu de disciplina hizo lo demás. En la noche del 21 de agosto el mariscal había decidido dirigirse á París; el 22 había resuelto encaminarse hacia el Este; el 27 se había detenido en su marcha sobre Mezieres, y ante el mandato de Palikao cambió de itinerario por cuarta vez y condujo nuevamente su ejército hacia el Mosa.

Formularonse algunas objeciones, especialmente por parte del emperador, el cual envió á Mac-Mahón uno de sus ayudantes, el general de la Moskowa, para de-

cirle que el despacho ministerial no le obligaba y que el movimiento hacia el Este era muy peligroso. «He pesado el pro y el contra, respondió tristemente el comandante en jefe, y persisto.» Estos detalles han sido suministrados por el mismo mariscal, demasiado recto para rehuir la responsabilidad y demasiado leal para echarla, por pequeña que fuese, sobre su soberano (1).

La retirada hacia Mezieres había comenzado: los bagajes del 7.º cuerpo habían partido á las nueve de la noche; los del 1.º, á las once y media habían llegado á Mazerny; la caballería del 12.º había abandonado sus vivasques á las dos de la madrugada; y el grueso del 7.º, que se había puesto en movimiento mucho antes de que amaneciera, acababa de llegar á la aldea de los Quatre-Champs. En vista de las contraórdenes, todos retrocedieron, pero la dificultad de reunir los convoyes ó los destacamentos, que marchaban ya en una dirección opuesta, dió lugar á una gran confusión, y un tiempo espantoso vino á aumentar los obstáculos. Además, los soldados, desconcertados por aquella marcha oscilatoria, perdieron la poca confianza que aún conservaban (2).

Las órdenes (nos referimos á las órdenes nuevas) prescribían que en aquel día 28 el 1.º cuerpo llegara á Chesne, el 12.º á la Besace, el 7.º á Nouart y el 5.º á Beauclair (3), es decir, que mandaba emprender resueltamente la marcha hacia el Este. Los dos primeros realizaron la etapa sin novedad; pero el 7.º, que hubo de detenerse para esperar los bagajes, que no tuvo distribuciones regulares y cuya marcha se retrasó por el mal estado de los caminos, se vió obligado á hacer alto en Boultau-Bois. En cuanto al 5.º, caminaba delante y á la derecha del ejército, muy cerca de las columnas enemigas, y se hallaba ya en marcha cuando recibió un despacho de Mac-Mahón mandándole que se apresurara: «Es de la mayor importancia, decía el mariscal á Faily, que pasemos el Mosa lo antes posible; tomad esta noche la dirección de Stenay llegando tan lejos como podáis. Nos encaminamos á Montmedy para libertar al mariscal Bazaine.» Un mensaje posterior avisaba al general Faily que, en caso de necesidad, tenía á su disposición al general Douay (4); pero éste, con sus tropas fatigadas, juzgóse incapaz de apoyar á su colega. En tales circunstancias, el comandante del 5.º cuerpo temió tropezar con fuerzas superiores, y en su consecuencia, lejos de llegar hasta Stenay, ni siquiera llegó á Beauclair, que era el primitivo objetivo de la marcha, sino que, desviándose un poco hacia el Norte, instaló, ya muy entrada la noche, una de sus divisiones en Boisdames y el resto de su cuerpo en Belval (5).

Aquella línea del Mosa que Mac-Mahón ardía ahora en deseos de ocupar, la tenían ya tomada los alemanes, y de todas maneras Faily habría llegado tarde. En efecto, el día antes los sajones se habían dejado ver en Dun-

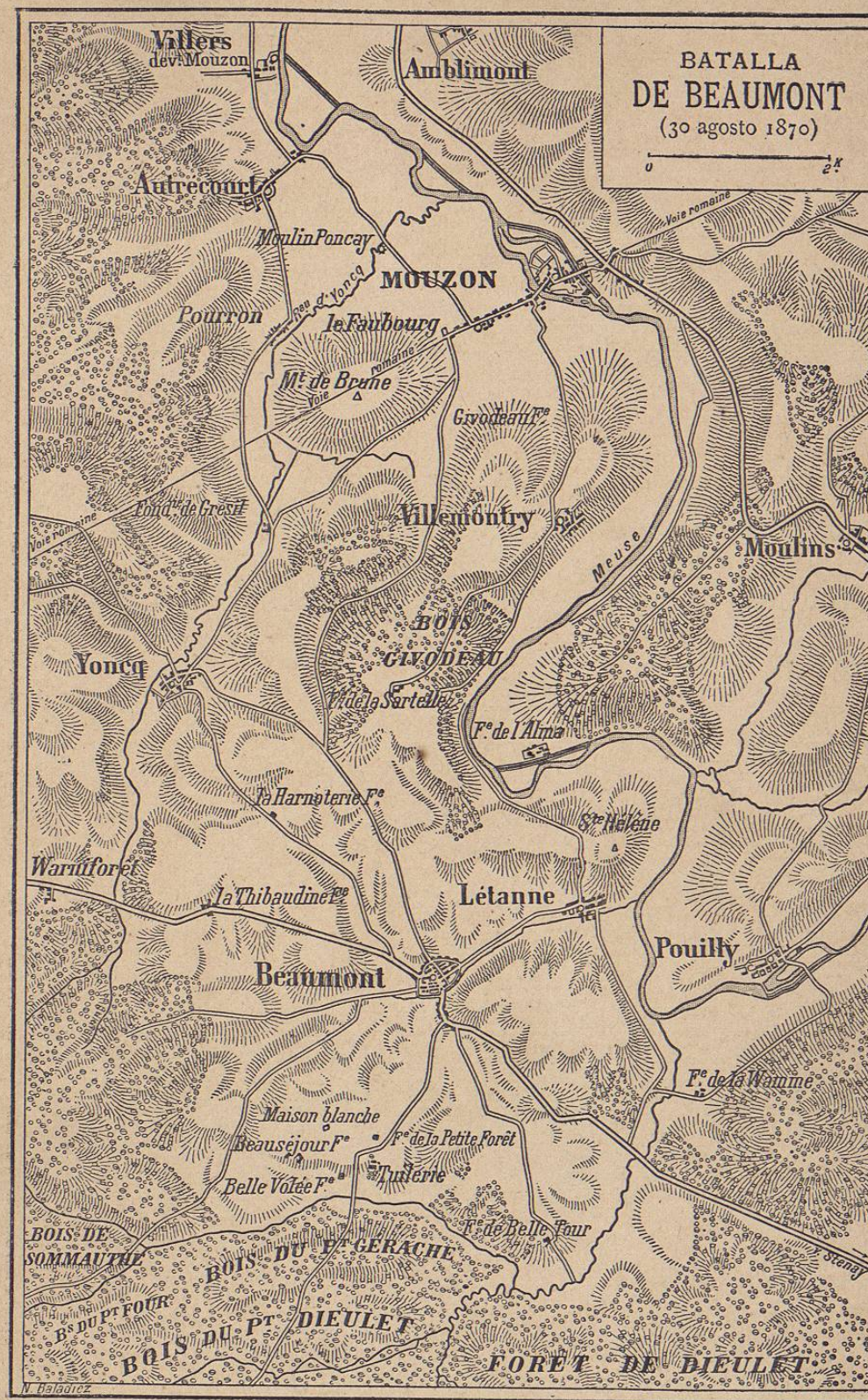
(1) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Mac Mahón, página 33.— Véase también coronel Stoffel, *La dépêche du 20 août 1870*, pág. 86.

(2) *Journal des opérations du 1.º corps*, por el comandante Corbin, segundo jefe de Estado mayor del 1.º cuerpo.— Véase también Bibesco, *Belfort, Reims, Sedan*, págs. 70 y siguientes.

(3) Véase el adjunto mapa.

(4) Véase general De Faily, *Opérations et marche du 5.º corps*, página 39.

(5) Véase el adjunto mapa.



y por la tarde habían enviado sus vanguardias hacia Stenay; el 28 ocupaban ambos puntos, en tanto que la Guardia llegaba hasta Bantheville y el IV.º cuerpo hasta Montfaucón. Al Sur, entre el Mosa y el Aisne, extendíanse los bávaros y por el último de los citados ríos subía el grueso del III.º ejército, es decir, los V.º y XI.º cuerpos y los wurtembergueses. La caballería se intercalaba entre nuestras columnas y ocupaba, en nuestros flancos y en nuestra retaguardia, las posiciones que acabábamos de abandonar: aquel mismo día 28 se la vió en Vouziers y en Grand-Pré y aun destacó hasta Voncq sus patrullas que, á pretexto de algunos disparos hechos desde las casas, incendiaron el pueblo y mataron á muchos habitantes inofensivos.

VIII

Acababa Mac-Mahón de instalar su cuartel general en Stone, cuando supo, en la tarde del 28, que los alemanes se le habían adelantado en el Mosa y que Stenay estaba en poder del enemigo. La noticia era grave. Para llegar á Metz había dos caminos, el de Verdún y el de Montmedy: el primero lo habíamos perdido desde hacía tiempo, cuando nos habíamos desviado de Chalóns hacia Reims y remontado hacia el Nordeste; el segundo nos lo arrebatara la ocupación de Stenay.

Era este un argumento decisivo que se sumaba á todos los que aconsejaban la retirada; y, sin embargo, no parece que Mac-Mahón pensara de nuevo en retroceder. Al recibir durante la noche el primer telegrama de Palikao había dicho, señalando al Este: «Quieren que vayamos á hacernos matar allí; es preciso obedecer (1).» Por la noche había recibido de París otro despacho más imperioso que el anterior: «En nombre del consejo de ministros, le decía Palikao, os pido que socorráis á Bazaine aprovechando las treinta y seis horas de ventaja que lleváis al príncipe real de Prusia (2).» Así, pues, Mac-Mahón, funesto por exceso de disciplina como otros por exceso de independencia, prosiguió su marcha, si bien modificándola, con lo cual retocaría una vez más un plan cuyas variaciones no pueden contarse.

Mosa abajo, encontrábase después de Stenay un puente de piedra, el de Mouzón, y luego, en Remilly, un pontón que, colocado al través del río, servía de ordinario á los habitantes (3). El mariscal resolvió utilizar ambos medios de paso con el propósito, una vez atravesado el río, de llegar á Carignán, remontar el curso del Chiers y avanzar hasta Montmedy. Una previsión no más que mediana bastaba para demostrar los peligros de esta evolución; y estos peligros Mac-Mahón los habría visto si no hubiese cerrado voluntariamente los ojos para substraerse á las tentaciones de la desobediencia. El rodeo de Carignán era un nuevo retraso en una marcha que sólo siendo muy rápida podía ofrecer algunas probabilidades de éxito. Otro peligro terrible

había de nacer de los lugares mismos en los cuales iban á aventurarse las tropas: á partir de Carignán, se caminaría por una larga faja de tierra que se extendía entre la frontera belga, que limitaría nuestros pasos y el enemigo que nos encerraría; y en estas condiciones todo sería causa de catástrofe, ora un retroceso nos empujara al territorio extranjero, ora un combate empeñado contra fuerzas superiores se convirtiera en derrota, ora esta derrota, por falta de línea de retirada, terminara en cautiverio.

Por la noche se expidieron las órdenes oportunas: el 1.º cuerpo llegaría el 29 á Raucourt y el 30 cruzaría el Mosa en Remilly; el 12.º se dirigiría á Mouzón y el 29 se situaría en la orilla derecha del río; el 7.º pernoctaría el 28 en la Besace y al día siguiente pasaría el río detrás del 12.º; y en cuanto al comandante del 5.º cuerpo, á quien se había encargado en la tarde del 28 que apresurase su marcha hacia Stenay, recibió, durante la noche del 28 al 29, contraórdenes que le fueron comunicadas por un oficial de Estado mayor, y según las cuales, en vez de dirigirse á Stenay, debía inclinarse hacia el Norte y acampar en Beaumont, desde donde se encaminaría á Mouzón atravesando también el río por este punto (4).

De los cuatro cuerpos de Mac-Mahón, el 1.º y el 12.º habían de marchar á la izquierda del ejército y á cierta distancia del adversario, de modo que podían ejecutar sin grandes dificultades las órdenes del mariscal; y, efectivamente, al mismo tiempo que el 1.º cuerpo terminaba la etapa del 29 en Raucourt, el 12.º llegaba muy temprano á Mouzón. Por aquel lado el camino estaba todavía libre y las tropas del general Lebrun, precedidas por la división de caballería Margueritte, pasaron el Mosa sin obstáculo. El 7.º cuerpo fué menos afortunado: la confusión nacida de las contraórdenes de la víspera había introducido en las columnas un desorden que aún no había sido reparado; las tropas marchaban á la vista de los mismos centinelas enemigos y al amanecer nuestros jinetes habían cambiado algunos sablazos con los jinetes prusianos. Además, los habitantes y los guardabosques anunciaban que los alemanes ocupaban los bosques de Dieulet, lo cual dió motivo á alarmas y á detenciones en que se perdió una parte del día. Eran las cinco de la tarde cuando las cabezas de columnas llegaron á la aldea de Ochés; para llegar á Stone y de allí á la Besace, era preciso recorrer diez kilómetros de un camino montañoso y angosto, propicio á las emboscadas; y como los animales del convoy estaban extenuados, y no lo estaban menos los hombres, Douay, temiendo una sorpresa y sobre todo un aumento de desorden, se resignó á acampar en aquellos lugares, quedando de esta suerte detenido el 7.º cuerpo á la mitad de su camino. En el entretanto, Faily con el 5.º cuerpo sufría retardos mucho más graves.

La orden mandando que aquel cuerpo se dirigiera á Beaumont había sido confiada al capitán Grouchy, quien, después de haber buscado durante la noche los vivaques del general Faily, había sido hecho prisionero por una patrulla enemiga que se había apoderado de los documentos que llevaba. Faily, que no tenía, por consiguiente, más instrucciones que las de la víspera que le mandaban llegar al Mosa lo más pronto

(1) Coronel Rousset, *La guerre de 1870*, tomo II, pág. 210.

(2) *Papiers des Tuileries*, tomo I, pág. 430.

(3) *Journal des marches du 1.º corps*, por el comandante Corbin, segundo jefe de Estado mayor general. — Había además, á tres kilómetros aguas abajo de Remilly, es decir, cerca de Bazelles, el puente del ferrocarril de Sedán á Carignán; pero, sea por olvido, sea por temor de prolongar la marcha, Mac-Mahón no lo utilizó.

(4) Véase el adjunto mapa.